

LOS FAMOSOS VINOS DE PEDRO MARICHAL

POR DOMINGO VELÁZQUEZ

Que Pedro Marichal (Pedro el loco lo llamaban los envidiosos y los resentidos) tenía los mejores vinos que se bebían en la “isla llana” era hartamente sabido desde Jandía al Cotillo.

¿Loco? Pedro tenía mucho de hablador, de bromista, de mentiroso, de coñón, de...; pero de loco, nada. Sí, en su juventud había sido jugador y parrandista como pocos. Regocijábale con las apuestas y con los improvisados desafíos a lucha canaria; jugaba en las carreras de caballos, en las riñas de perros, en las peleas de gallos... Apostaba. Perdiera o ganara, seguía de igual talante. Jugaba, se divertía.

Mucho tiempo había transcurrido desde entonces; bastantes años desde que sentara la cabeza, tantos como los que llevaba dedicado al azaroso tráfico de marchante. Compraba burros en Lanzarote y los vendía en La Palma; camellos en Fuerteventura y los trasladaba a Tenerife. De esta isla y de Gran Canaria, en época de siembra, transportaba reses vacunas a Fuerteventura y a Lanzarote, muchas de las cuales retornaba concluida la arada. En esta actividad solía ocuparse medio año escaso; la otra mitad la empleaba en darse la gran vida en continua francachela con amigos y clientes, a quienes obsequiaba a menudo con los vinos que adquiría en sus frecuentes visitas a las privilegiadas zonas del Archipiélago Canario en las que se crían estos excelentes caldos.

En la noche anterior, después de la cena, mi padre me dijo:

—Mañana irás a Tiscamanita a llevarle trescientos duros a don Juan Peñate. Puedes llevar la yegua; pero no la hagas correr ni la espolees. Sal temprano para que estés aquí antes del anochecer.

Y, dirigiéndose a mi madre, continuó:

—Antigua, prepárale trescientos duros a Domingo para que se los lleve a Peñate. Creo que la cuenta no llegue a tanto.

—Pues no sé —arguyó mi madre—. Como no mandaros factura... Yo calculé unas mil trescientas pesetas.

Dejé atrás el pueblo de Triquivijate, en donde me había entretenido largo rato conversando con mis primos, los Jordán —todos de más edad que yo, preguntones y burleteros—, y enfilé el camino que cruza la dilatada zona que media entre dicho lugar y el de Casillas de Morales, en cuyo último paraje vivía Pedro Marichal.

Llanura árida y desolada esta que pisaba ahora. Cardos, aulagas y codesos, desperdigados acá y allá y achatados contra el suelo caliente y polvoriento, constituían la principal flora del pequeño desierto que me rodeaba, atravesado por un anchuroso barranco, en el que algún mimo de un verde casi insultante clavaba su insolencia.

Yo canturriaba con el absurdo propósito de ahuyentar la monotonía, a la par que el sol, implacable, sembraba las calizas de centelleantes lentejuelas. Un cuervo solitario en la altura, más negro al contraluz, emitía un “cuac-cuac” escalofriante mientras cruzaba, lento, hacia el Naciente buscando las primeras sombras de la tarde.

De pronto, en un recodo del barranco, el esqueleto de un burro que las turbulentas aguas del último invierno arrastraron hasta allí, con las dos patas traseras hincadas en la arena y el otro par en actitud rampante —quizá en un último esfuerzo por alcanzar la orilla—, incitó a la yegua de tal modo que ésta alzó las orejas y quedó parada en seco. Y en seguida, a pesar de mi esfuerzo por hacerla desistir de su propósito, en un repentino trote, se impulsó hacia la osamenta del asno, lanzando al aire un jubilosos relincho.

Dos guirres levantaron pesadamente el vuelo y fueron a posarse al lado de unos matojos próximos. La yegua olió la moronda masa ósca, sacudió la brida como si dudara de los méritos de quien se alzaba de forma tan ostentosa, levantó la cabeza, abrió la boca, movió los belfos en una mueca burlesca, y una sonrisa irónica —aunque blanca como la leche— brilló al sol del mediodía. Estoy seguro de que dijo algo; pero también puedo afirmar que yo nada oí. Trazó, por último, un ademán despectivo con el cuello y, a mi requerimiento, tomó de nuevo el camino hacia Casillas de Morales.

Un bosquecillo de palmeras, siempre movedizo y delator, me reveló que iba llegando al poblado. Allí estaba Pedro Marichal, aguardando. Esperaba siempre. Desde un poyo adosado a un lateral de su casa y a la sombra de una higuera columbraba a los viajeros y hacía conjeturas sobre quiénes podrían ser, lo que le daba pie para, al paso de éstos, iniciar la conversación, con su peculiar desenfado.

Pedro, hombre de mediana estatura, de complexión robusta y desgarbado continente, llevaba un largo y bien poblado mostacho con el que acaso pretendía disimular toda la guasa que se rezumaba de su redonda cara.

—A juzgar por el paso hubiera apostado a que era su padre —dijo, poniéndose de pie.

—Pues es el hijo —repliqué.

—Ya lo veo. Y no me explico cómo con esa cojonuda yegua no le entran ganas de beberse los vientos.

—Sí que me entran; pero me los aguanto: es que mi padre me ordenó que no la hiciera correr. Y buenas tardes.

—¡Qué órdenes ni qué puñetas! Cuando yo tenía su edad, también tenía un padre y una yegua como ésa, y todavía hoy se recuerda con asombro las carreras que ganó a los mejores caballos de la isla. Un ejemplar con esa estampa se quiere para correr. De lo contrario, preferible es tener una burra. Buenas tardes, pollo, y desmonte para que “refresque” la potra y se beba usted un buen jarro de vino.

—Muchas gracias, señor Marichal; pero quisiera llegar a Tiscamanita antes de la una.

—Eso lo veo difícil ya, como no sea a la de mañana. Pero, de todos modos, no quiero aguarle su propósito. Lo que haremos, en ese caso, es que cenará conmigo a su regreso. Lo espero. No quiero que se diga que pasó por mi casa y no fue atendido cumplidamente.

—Hasta la noche, señor Marichal.

—Hasta la noche.

Al avistar Agua de Bueyes, la yegua tomó un trotecillo corto y apresurado. Yo también me sacudí la modorra. Y es que el paisaje había cambiado esencialmente.

No sé qué extraña influencia ejercía en mí este pintoresco lugar. Pero una placiente sensación de alivio, un bienestar interno, una alegría súbita se operaba en mi ánimo cada vez que pasaba por allí. Ciertamente que sus casas blancas con los pequeños huertos anexos; sus norias, lentas como la esperanza; el lenguaje del agua liberada saltando de los cangilones; algunos semovientes pastando acá y allá..., ofrecían una paz casi beatífica. Pero yo, joven e inquieto, estaba lejos de comprenderla. Esta transmutación del ánimo tal vez me fuera producida por quién sabe cuáles otros secretos impulsos.

Un poco más y... Tiscamanita. Tuve que esperar dos largas horas a que abrieran el establecimiento.

—¿Está don Juan? Deseo hablar con él, personalmente.

—Ahora se halla muy ocupado. Tendrá que esperar un buen rato. Le avisaré —contestó el empleado.

Aquello era un verdadero mare magnum. El edificio estaba parcialmente rodeado de una especie de corralón en el que un hormiguero de gente de diferente edad, sexo y condición maniobraba, afanosa, con sus bestias: unos las aliviaban de grandes costales de trigo y las cargaban con latas, cajas y barriles; otros descargaban serones repletos de quesos y los llenaban de loza y otros utensilios. Dejaban talegos de frutos secos y tomaban sacos de arroz, de azúcar, de café... Allá, en el fondo de la tienda, un gañán, largo como un silbido, no alcanzaba a probarse un

sombrero; un joven afinaba una guitarra; una viudita, de riguroso luto y todavía llorosa, compraba un traje de “alivio”; éste examinaba una cachimba; aquél, unos zapatos. Un perro quiso morder a un chiquillo, y una joven que se asomó a curiosear entró ruborizada al ver cómo un garañón, atado a un poste, intentaba molestar a una potrilla que retozaba, inquieta, en el corral.

—Buenas tardes, don Juan.

—Buenas.

—Vengo a traerle un dinero, de parte de mi padre.

—¡Ah...! Veamos eso.

Don Juan contó despacio el contenido de la talega y dijo:

—Trescientos duros, ¿eh?

—Sí, señor, trescientos.

—¿Y no te hizo ningún encargo?

—Ninguno.

—Dile que se deje ver. Voy a regalarte una corbata. Entra para que escojas la que más te guste.

Sí, cenaría con Pedro Marichal. Y hablaríamos de sus cacareados vinos. Porque a mí también me estaba aguijoneando la curiosidad de saber qué había de cierto en todo aquello que se decía, que era mucho y muy diverso. Últimamente se comentaba el reciente caso acaecido a un sujeto de La Oliva, marchante también, que entró a saludarlo de paso para Tuineje, a donde iba, según se supo luego, a comprar una yunta de bueyes, desapareciendo de la isla y que, al parecer, lo hallaron una semana después tirado en una oscura calle de Las Palmas, sin bueyes y sin dinero. Cosas extrañas, ¿no? Aunque él juraba que cuando salió de casa de su amigo llevaba el mismo dinero y la misma intención de comprar la yunta que cuando entró. No. Pedro Marichal era un hombre honrado. Esto también se sabía en toda la isla.

Y una vieja santiguadora que vivía en Las Pocetas, a quien Marichal había prohibido la entrada en su casa, y que resultaba ser nieta de aquella célebre Tomasa, la bruja, decía dondequiera que se sentaba que había vendido a Pedro unos papeles que encontró en un viejo baúl y que rezaban: “Las mejores maneras de hacer mejunjes y de rectificar morapios”. Pero, claro, ésto no lo creía nadie.

Pedro Marichal me esperaba allí, en la ancha puerta. Atamos la yegua, y mientras le saqué del aljibe un balde de agua fresca, Marichal le procuró una buena mezcla de paja y afrechillo que el animal consumía con avidez.

Cruzamos un dilatado patio cuadrangular y entramos en una estancia de anchurosos muros, en uno de los cuales se apoyaban algunas muelas y otros restos de una vieja tahona. En el lado opuesto, sobre dos largas vigas, alineábanse no menos de doce barriles de vino.

—Siéntese ahí, al lado de la destiladera —dijo Pedro, señalando hacia una de las cuatro banquetas que cuadraban la mesa—. Ahora vamos a cenar nosotros.

Las gruesas paredes, el techo a dos aguas y el ventano del fondo dotaban a la pieza de un singular fresquillo que avivaba nuestros deseos de comer, de beber, de hablar...

De un cañizo del cuarto contiguo bajó Marichal un hermoso queso majojero, y de una alacena tomó un pequeño balayo con dos gigantescos panes de harina de trigo, morenos y redondos, que eran una bendición. Luego extrajo de uno de los barriles sendos jarros de vino y los soltó sobre la mesa.

—“Del Monte”, de Gran Canaria. Vinos no cosechamos en nuestra isla —razonó—. Pero dígame: ¿en dónde hacen un queso tan exquisito y un pan tan hermoso, eh?

Alcé por el jarro de vino y me lo bebí sin respirar.

—¿Qué?

—Pues sí, está bien.

—¿Quiere otro del mismo?

—Bueno.

—Lo traje hace unos tres años. Un regalo de los señores Torres del Castillo, cuando les vendí la madre de esa yegua suya.

Traía sed y cansancio, y aquel segundo jarro me la calmó, confortándome a la vez.

—¿Y cómo es, señor Pedro, que tiene usted siempre tan buenos vinos?

—Pues mire, casi nunca compro un barril. Algunos son obsequios de cosecheros con quienes tengo tratos; pero la mayoría los gano en apuestas y desafíos. Todavía queda mucho mentecato desparramado por las islas. Mire, ahora vamos a beber de éste: un “clarete” criado en La Geria, en Lanzarote, de más de cinco años. Lo gané el año pasado en una agarrada con un fanfarrón de allí.

—¿Y eso?

—Estábamos en la casa de don Julio Méndez, de Haría —hombre muy aficionado a la lucha canaria—, celebrando la operación de una soberbia yunta de vacas que le había vendido, cuando uno de los concurrentes recordó quella célebre luchada con motivo de las fiestas de San Ginés, en la que capitaneaba yo la selección de Fuerteventura. Mis hom-

bres fueron cayendo uno tras otro casi sin estrenarse. A nueve tendí yo solito sin salir del terrero. Aquello fue memorable. De un lado y otro, con profusión desusada, cruzaban el espacio brillantes objetos que chocaban en el aire produciendo un exitante sonido, y que no eran otra cosa que duros de plata. Más de doscientos recogieron mis compañeros mientras yo, en hombros de la multitud, era llevado al palco presidencial, en donde me fue entregada la copa donada al equipo vencedor. ¿Qué le parece este vino?

—Muy bueno; sí, señor. El queso también está riquísimo.

En realidad, era un vino resbaladizo que se colaba y desataba las lenguas.

—¿Otro?

—Como quiera.

—Pues, como le decía, al evocar uno de los asistentes aquel acontecimiento, otro de ellos, con evidente socarronería, argumentó: “De todos modos, en aquellos tiempos no se luchaba con la técnica conque se hace hoy, ni se conocían las tácticas que emplean ahora los conjuntos de lucha. Si fuera posible un enfrentamiento quedaría demostrado que la lucha de antes no tiene nada que hacer con la de ahora. Y si no que lo diga aquí, el ‘Pollo de la Caldera’, que debe saber no poco de eso”.

El ‘Pollo de la Caldera’, un bellaco de algo más de veinte años, de voz atiplada, ventruado y de no baja estatura, confiado e insolente, re-
repló: “¡Hombre, ‘ta’ claro!”.

—¿Cómo que está claro? —repliqué—. ¿Es usted capaz de demostrarlo? “¿Con quién, con usted...? —inquirió. Y soltó una risotada insultante, cuyos efectos disimulé con esfuerzo, prometiéndome estrellarle la barriga contra el suelo en la primera oportunidad.

“¡A la gavia!” —gritó don Julio Méndez, que había permanecido en expectante silencio y añadió: “Este barril de cinco años para el vencedor”. Le dí las tres seguidas. En la última lo trabuqué sobre unos terrones próximos a la orilla y me fui encima con todo el peso de mis noventa kilos y de mi venganza.

Y bebimos. Y hablamos. Y bebimos...

—Bueno, señor Marichal, se ha hecho algo tarde. Y, si usted no manda otra cosa, me voy.

—¿Cómo va a marcharse sin probar uno de los mejores vinos de Canarias, hombre? ¡Qué no se diga!

—Pero sólo un jarro, ¿eh?

—Este es el célebre “Malvasía”, de La Palma, amigo. El que dicen que han celebrado grandes ingenios universales. También lo cobré en un desafío pulseando con uno de Fuencaliente, temoso y majadero.

Tenía deseos de irme ya. Me estaba abatiendo una especie de som-

nolencia que no me permitía hablar con la soltura deseada. Y las arrítmicas notas musicales que emitía la destiladera chocaban ahora contra mi cabeza como mazazos (tac..., toc..., tic..., toc-tic... tac..., toc..., toc...).

Sin embargo, bebimos también de un “tinto” de Tacoronte... Y de un “blanco”, de Icod de los Vinos... Y de un “dorado”, del Hierro... Y dimos fin al queso y al pan.

—Buenas noches, señor Marichal, y muchas gracias.

—Buen viaje.

No he podido recordar lo que sucedió inmediatamente después de despedirme de Pedro, si es que sucedió algo. La noción que tengo del tiempo parte del momento en que, de modo insospechado, el esqueleto que había visto el mediodía último se irguió ante mí, agigantado e imponente, abriendo su monstruosa boca, y los dientes, brillantes a la luz de la luna, se alargaban como estiletes amenazadores. No tuve tiempo de hacer ni de pensar nada. La yegua alzó súbitamente las manos y se abalanzó con furia sobre la macabra figura, volteándome hacia atrás. Cuando en unos momentos de lucidez pude abrir los ojos vi la pelea más feroz que contarse pueda. Bufidos, coces y dentelladas hendían el aire y se clavaban en los lomos de las bestias con celeridad y contundencia endiabladas. Intenté incorporarme en mi deseo de poner fin a aquella riña, repentina y descomunal; pero el sumbido de la lucha se me metió en la cabeza y una venda de polvo me tapó los ojos, haciéndome perder el equilibrio y caer de nuevo sin conocimiento.

Cuando desperté eran las once de la mañana. El esqueleto, desnudo y polvoriento, se hallaba en el mismo sitio en que lo dejara el día anterior. Increíble, ¿no?

Mucho y muy largamente he pensado en todo esto; pero nunca lo he dicho a nadie. Y si te lo cuento a ti, lector, es porque sé que eres discreto.

Cité a la yegua que, allí cerca y con la montura puesta, se entretenía descubriendo algunas raíces. Monté en silencio y me dirigí a mi casa.